

— Es decir, que son tontos...

— Di bárbaros mejor, muy bárbaros; pero con una barbarie que no excusa un pecado que es inexcusable.

— Hay blasfemos por necesidad: son aquellos cortos de meollo, á quienes en sus tísicas conversaciones suelen faltar frases y palabras, y, ¿qué hacen? Llenan sus vacíos con una caracolada blasfemia que á la boca les viene, y... su necesidad queda satisfecha. Son necios y bárbaros á la par.

Se nos presentan otros que despotrican para echarla de valentones, como quien dice: ¡aquí estoy yo! Para esa raza pestilente lo mejor es taparse las narices, porque huelen, y no á jazmín. Quieren meter miedo á Dios. ¡Valientes hipopótamos, que es el animal más grande que se conoce!

Vienen los blasfemos voluntarios, los que á sabiendas se complacen en escandalizar; éstos son los máximos propagandistas de la infame cizaña, los que, reconociendo su impotencia, alardean de un orgullo satánico para no doblegarse á la razón, que los llama pigmeos y ridículos.

Para unos y otros brotó de la sabiduría de los tiempos y edades aquella sentencia que

dice: « Quien al cielo escupe, de baba se llena. »

Para los primeros se grabaron en la memoria de los pueblos, de generación en generación, aquellas divinas palabras: « Padre, perdónalos, porque no saben lo que se dicen. »

VIII

Último discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo.

DE todas las ofensas de Dios fué el marqués de la Caridad enemigo jurado, porque era católico de convicción y á machamartillo, y no católico vividor, falsificado y de conveniencia, como hay tantos. Pero, ¡ vamos!, eso de la blasfemia le sacaba de quicio, y lo ponía nervioso y lo irritaba de tal manera, que decía que sólo hubiera deseado ser Rey para imitar á San Luis de Francia, que mandó que á los blasfemos les herrasen los labios con un hierro candente.

— ¡ Qué autoridades católicas, — decía á cada paso el bueno del Marqués, — son éstas que permiten que así, públicamente y en todas partes y á todas horas, se ultraje del modo más soez, grosero y repugnante el santo nombre de Dios!

¡Qué autoridades son ésas que exigen respeto para sí, y dejan profanar públicamente el nombre de Dios, origen de toda autoridad! Vamos, si están locos nuestros gobernantes, ó, lo que es peor aún, si parece que están dejados de la mano de Dios, y entregados en cuerpo y alma al mismísimo demonio. ¡Mucho cuidado con la limpieza material, con la basura de las calles, y no hay policía, ni vigilancia, ni nada contra esa inmundicia moral de la blasfemia, que hace de España uno de los pueblos más salvajes de la tierra! Así anda también la autoridad y el orden, y todo... por el cieno y más abajo.

¡Jesús, y quién lo había de decir! Esta tierra de bendición santificada por las plantas de María; la tierra de la fe, regada por la sangre de los mártires; la España católica por excelencia, hecha un foco de corrupción, apestada por una atmósfera de inmundas y desvengonzadas blasfemias, que no se oyen ni en los países de moros ni de protestantes!

¿Quiénes son los culpables? Todos, todos, todos. Y más que nadie los que nos llamamos buenos, por nuestra cobardía y complicidad, y porque nos contentamos con santiguarnos, á lo más, cuando oímos esas repugnantes conversaciones entre la chusma de las calles y la chusma

de los salones; esos torpes é impíos diálogos en los que una palabra sí y otra no es un taco inmundado, una torpe burrada, y muchas veces una salvaje blasfemia, como no le oyen ni los bosques de los indios.

Si después de santiguarnos *santiguásemos* al deslenguado que así insulta á nuestro Dios y á nuestra fe, y falta á todos los respetos y conveniencias que nos impone la sociedad, la cultura y la educación, se podría siquiera andar por las calles, mientras que ahora, ¡vamos! no son calles, sino lodazales..., porque no hay autoridad que se atreva á barrer tanta suciedad, ni á castigar ese crimen público.

—¡Pobre, pobre, pobre España!— exclamaba tristemente el Marqués.— Así llueven sobre ti calamidades, y eres el baldón y el desprecio del mundo, y no cae sobre ti fuego del cielo como merecías, porque Dios te quiere mucho, y la Santísima Virgen extiende sobre ti su manto para defenderte de los rayos de la justicia, que continuamente provocan con sus infinitas blasfemias las lenguas de muchos españoles que debían haber nacido en la Cafrería mejor que en esta nación santificada por la Virgen del Pilar.

Y así continuó mucho más su último discurso el señor Marqués, con tal vehemencia y

energía, que el pobre Andrés no se atrevió á interrumpir ni una vez siquiera, y tan nervioso é irritado que nos fué imposible continuar más copiando sus palabras.

¿Cuál fué el resultado de todo esto? Que Andrés continuó yendo á casa de *su amigo*. Que éste lo instruyó perfectamente en todo lo necesario para que saliese un honrado menestral y un excelente cristiano; que al poco tiempo lo llevó á un patronato de obreros fundado por el Marqués, en donde, merced á su constancia y aplicación, adquirió en las clases nocturnas conocimientos no comunes en su clase, y que, satisfechísimo el cristiano caballero de la honradez, laboriosidad é inteligencia de su discípulo, lo puso al frente de una rica posesión que el Marqués tenía en la Mancha, en la que dejaremos á Andrés feliz y contento con su mujer y sus hijos, empleando en alabar á Dios y al marqués de la Caridad la lengua aquella que antes le había servido para la desesperación y la blasfemia.



ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
I.—De cómo un marqués muy católico increpa públicamente á un carretero muy blasfemo porque éste echaba por la boca sapos y culebras.....	3
II.—Hácense amigos el carretero y el marqués, y lo demás que verá el que leyere.	10
III.—Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.....	14
IV.—Excúsase el carretero como puede diciendo, entre otras cosas, que blasfema, pero que lo hace por costumbre.....	28
V.—Prosiguen las excusas del carretero.— Dice que tiene muy mal genio, y que al blasfemar no sabe lo que se dice.....	38
VI.—Trata el marqués de la locura de los que blasfeman porque dicen que todo les sale mal.....	43
VII.—Diserta elocuentemente el marqués sobre los blasfemos de chaqueta y los blasfemos de levita, y á unos y á otros les da su merecido.....	52
VIII.—Ultimo discurso del señor marqués de la Caridad, y conclusión de este diálogo...	59